

PRESENTACIÓN

1964-2014: 50 AÑOS DEL ANUARIO DE ESTUDIOS MEDIEVALES

Hace ahora exactamente cincuenta años, a finales de 1964, veía la luz el primer volumen del Anuario de Estudios Medievales.

Su mentor e impulsor, el Profesor Emilio Sáez, concibió sus páginas de presentación, fechadas en Barcelona el 21 de noviembre de aquel año, como una especie de manifiesto fundacional o de declaración programática en la que el ilustre e incansable investigador proclamaba su voluntad de colmar el vacío existente, en España, de una publicación periódica de carácter general dedicada al estudio de la Edad Media; de dar a conocer, tanto aquí como en el extranjero, los resultados de la labor científica del Instituto de Historia Medieval de España que él mismo encabezaba, al igual que la labor y actividades de los demás grupos de investigación existentes en España; y, recíprocamente, de difundir aquí las corrientes históricas más en boga fuera de nuestro país y la tarea de los hispanistas extranjeros.

El Anuario de Estudios Medievales se postulaba por trabajos sobre historia política, social, económica, religiosa, de la ciencia, de las mentalidades, de la espiritualidad, de la literatura, del arte, de la música, de las costumbres, de las instituciones jurídicas, de la lengua, del pensamiento..., excluyendo únicamente aquellas investigaciones sobre problemas acentuadamente técnicos, que, según su fundador, debían encontrar su marco propio en revistas más especializadas.

El ámbito cronológico de interés era la Edad Media, en su sentido más amplio, considerada como el período comprendido entre las invasiones germánicas y los primeros lustros del siglo XVI. Y el alcance geográfico el mundo conocido durante el medioevo, es decir, el mundo occidental y sus alrededores, aunque, por razones obvias, se previera que una gran parte de los trabajos versarían sobre temas hispánicos y, sin que ello supusiera exclusividad alguna, se apostara por dar el justo y debido relieve a los que tratan de Cataluña y de Barcelona, cuya historia medieval merece, desde hace tiempo, nuestro interés. Concluía Sáez que deseaba que el Anuario tuviera carácter internacional, por la calidad y variedad de sus colaboraciones y por la riqueza de su temática, y que fuera digno de nuestra gran tradición historiográfica y de la importancia de los archivos de Barcelona.

Con la fundación de la revista, pues, el Dr. Sáez apostaba tanto por la creación de un espacio que potenciase la simbiosis entre el medievalismo ibérico —con especial incidencia en lo catalán— y el hispanismo medievalista internacional, como por la creación de un espacio donde existiera la posibilidad de relacionar grupos que

actuaban, de ordinario, aislados los unos de los otros y fuertemente encastillados en sus respectivas especialidades.

Aspiraba, en definitiva, a una internacionalización y a una interdisciplinaria-riedad que, en la actualidad, siguen más vigentes que nunca. Pero que, durante cinco décadas, ya han sido las señas de identidad del Anuario de Estudios Medievales.

Si la revista contaba entonces con asesores como Vincke, Verlinden, Bishko, Wolff, Lomax, Boscolo, Pistarino, Soares o Aebischer, en aquel primer volumen, de más de 830 páginas, Sáez agrupó trabajos de medievalistas del calibre y de la diversidad —en todos los sentidos, pese al momento histórico— de Schramm, d'Abadal, Riu, Orlandis, Martínez Díaz, Mattoso, Martín, Bishko, Cocheril, Duro, Vincke, Pistarino, Torres Fontes, Gual Camarena, Vivian, Batlle, Giunta, Durliat, Mollat, Lomax, Benito Ruano, Heers, Soldevila, Cabestany, d'Alessandro, Ferrer i Mallol, Deyermond, Riquer, Solsona Climent, Guerra Campos y Cepeda Adán.

De la mano de Emilio Sáez, primero; de Maria Teresa Ferrer i Mallol —que asumió la codirección en 1983 y la dirección plena en 1988, tras la desaparición de su maestro—, después; y de quien firma estas páginas, desde 2010, el Anuario de Estudios Medievales habrá publicado, hasta diciembre de 2014, 1269 artículos de 790 autores distintos con afiliación institucional (que en muchos casos no consta) en por lo menos 23 países, encabezados por España y seguidos por Italia, Francia, Estados Unidos de América, Portugal, Gran Bretaña, Argentina, Alemania, Canadá, Bélgica, Suiza, Israel, Chile, Holanda, Polonia, Bulgaria, Irlanda, Argelia, Australia, Grecia, Luxemburgo, Mauritania y Venezuela.

A lo largo de ese medio siglo de historia, 170 de los autores han publicado más de una vez en la revista. Sin embargo, espejo de la dinámica de trabajo dominante en nuestro ámbito, los artículos son, casi sin excepción, de autoría individual: únicamente 45 llevan doble autoría, cuatro son de triple autoría y uno es firmado por cinco personas.

Síntoma de las dificultades y sacrificios que conlleva que la publicación de una revista consiga acudir puntualmente a su cita, tras la publicación de los seis primeros volúmenes, los sucesivos —7 (1970-1971), 8 (1972-1973) y 9 (1974-1979)— sufrieron desajustes cronológicos significativos y explícitos.

Tras ello, el volumen 10 (1980), publicado en 1982, editó las actas del I Congreso Internacional de Historia Mediterránea, celebrado en Mallorca en 1973; el 11 (fechado en 1981, publicado en 1983) acogió las del itinerante Congreso Internacional Hispano-Portugués sobre Las órdenes militares en la Península durante la Edad Media, celebrado en 1971; y el 12 (fechado en 1982, publicado en 1984) dio salida a la parte medieval de las del I Simposio Internacional de Historia de Cuenca, celebrado en 1977.

Los volúmenes 13 (1983, publicado en 1985) y 14 (1984, publicado en 1985) intentaron encauzar la normalización cronológica y la recuperación estructural del contenido inicial de la revista, que había quedado muy bien definido en el primer volumen, aunque el 15 (1985) y el 16 (1986) se consagraron finalmente a los Estudios dedicados a la memoria de D. Claudio Sánchez-Albornoz.

El volumen 17 (1987, publicado en 1988) había sido pensado como homenaje a Emilio Sáez, a raíz de su jubilación. Pero su accidental fallecimiento acabó convirtiéndolo en el primero de los tres que se le dedicaron en homenaje póstumo (17, 18 y 19).

A partir del volumen 20, bajo el timón de la Dra. Ferrer, el Anuario de Estudios Medievales puso en práctica uno de los proyectos que el Dr. Sáez había planeado para la revista: el de dedicar una parte de sus páginas a un tema monográfico. Bosques, yermos y su aprovechamiento (volumen 20, 1990); escritura y cultura (21, 1991); finanzas y fiscalidad (22, 1992); caminos y comunicaciones terrestres en el mundo ibérico (23, 1993); o comercio y navegación en el Mediterráneo (24, en 1994), centraron esos primeros monográficos, auspiciados, con llamamiento abierto a la participación, por la dirección y consejo de redacción de la revista.

Superando ese último volumen las mil páginas, se optó, a partir de 1995 (volumen 25), por desdoblarse el Anuario de Estudios Medievales en dos fascículos (uno misceláneo y otro monográfico) para poder acomodar mejor los estudios monográficos, estructura que se ha mantenido hasta la fecha con la única excepción de los volúmenes 28 (1998) y 29 (1999), dedicados íntegramente a la memoria de la desaparecida Dra. Regina Sáinz de la Maza.

Así, entre 1995 y 2010 los monográficos se dedicaron, sucesivamente, al estudio del poder político en la Edad Media; el siglo XIII en los reinos hispánicos orientales; el siglo XIII en los reinos hispánicos occidentales; producción y comercio: el sector de la alimentación; las élites urbanas, estrategias familiares, prosopografía y vías de acceso al poder; expansionismo político y territorial de las potencias occidentales en el Mediterráneo en los siglos XIV-XV; parlamentos y cortes; clero secular; asociacionismo medieval; estamento nobiliario; manufacturas; conflictividad y vías de solución de conflictos; casas reales y nobiliarias; y diplomacia y embajadores.

Desde 2011, en aras de una mayor coherencia y calidad de los mismos, los monográficos pasaron a ser coordinados por especialistas. Así, Ricardo Córdoba de la Llave dirigió, en 2011, el dedicado a tecnología medieval; Linda G. Jones, en 2012, el dedicado a la predicación medieval y a los sermones cristianos, judíos e islámicos; Carles Vela, en 2013, el dedicado al cuidado de la salud más allá de los profesionales universitarios; y Blanca Garí, en el presente año 2014, el dedicado a los espacios de espiritualidad femenina.

Siguiendo el signo de los tiempos y la ejemplar y pionera modernización de la gestión de sus revistas impulsada por Editorial CSIC, el Anuario de Estudios Medievales es, ahora mismo, una revista digital con acceso abierto y sin período de embargo, aunque por el momento siga editándose en papel. La paciente y abnegada dedicación, a lo largo de su historia y al lado de los responsables, de personas como Josefina Mutgé, Margarita Cantera o, más recientemente, Carmen Losada, ha facilitado la paulatina superación de las exigencias inherentes a todos los cambios que se han ido haciendo necesarios, como, en última instancia, la adopción del DOI (Digital Object Identifier).

Con todo ello, la revista ha conseguido posicionarse en Arts & Humanities Citation Index, en Scopus e, incluso, gracias a esa interdisciplinariedad impulsada ya desde 1964 por Emilio Sáez, en Social Sciences Citation Index. El último eslabón ha sido, precisamente en 2014, la obtención, por vez primera, del Sello de Calidad FECYT de reconocimiento de la calidad editorial y científica.

Los últimos años han entrañado, igualmente, un cambio de imagen. Dejando atrás la clave de bóveda de la iglesia de Sant Antoni de Cervera que representaba a un caballero medieval y que acompañó durante años la cubierta de la revista, gra-

cias a la gentileza del fotógrafo Ramon Manent los fascículos misceláneos lucen, en la actualidad, sus mejores galas con el Tapís de la Creació de la catedral de Girona en la cubierta, mientras que el relanzamiento de los monográficos también les permite vestirse de largo, de forma autónoma, con imágenes alusivas a su contenido que, a su vez, permiten identificarlos de forma más clara.

En cualquier caso, creo que no hay duda de que el Anuario puede enorgullecerse de algo que pocas revistas e iniciativas académicas consiguen: no solo superar con éxito y rigor medio siglo de vida, sino también, y quizás sobre todo, tener la seguridad de que está en condiciones de poder encarar el futuro con, todavía, mayor solidez.

El Anuario de Estudios Medievales goza, en estos momentos, de muy buena salud. Cada vez son más los originales recibidos, de modo que cada vez es mayor, también, la calidad de los trabajos seleccionados para publicación. Sin embargo, no hay que olvidar que si su publicación es posible es, a menudo, más por la entrega y tenacidad de las personas que están detrás de él que por los recursos y medios que tienen a su alcance. Hay que agradecerles, pues, a cada una de ellas, ahora y a lo largo de las cinco décadas que nos preceden, su benevolencia y voluntarismo. Son muchas, además de las ya explícitamente nombradas en estas páginas. Pero no sería justo acabar sin una mención muy especial a las atenciones, paciencia y amabilidad que los gestores y responsables científicos del Anuario hemos encontrado, desde siempre, en Joan y Jordi Hurtado, de Gràfiques 92. Sin ellos, este feliz cumpleaños tampoco no habría sido posible.

Nos congratulamos, pues, de los 50 años del Anuario de Estudios Medievales, augurándole un buen futuro y deseando que pueda cumplir muchos más. Pero esperando también que las instituciones busquen el modo de apoyar debidamente a las personas que seguirán comprometiéndose para hacerlo viable.

*ROSER SALICRÚ I LLUCH
Barcelona, noviembre de 2014*